

## La venida del Espíritu Santo

1. La glorificación de Cristo en la Resurrección y Ascensión está ordenada a la *venida del Espíritu Santo*. Pascua y Ascensión aluden a Pentecostés, por eso en el Año Litúrgico las tres festividades se resumen en una fiesta única. En las oraciones litúrgicas de la fiesta de la Ascensión se pide el Espíritu Santo como fruto de la Ascensión. Es el don de gracia que Cristo glorificado y sentado a la diestra del Padre enviará a sus discípulos (J. Pinski, *Das Pascha des Herrn. Quadragesima und Pentecostes*, en "Liturgisches Leben", 3, 1936, 31-35). El Espíritu Santo transformará y ordenará la creación, que está prefigurada en Cristo glorificado y se consumará al fin de los tiempos. Esa transformación debe hacerse en todas las cosas de manera que su modo de ser corresponda al modo de ser de Cristo, su Cabeza. Al subir a los cielos Cristo resucitado, quedó glorificada la cabeza del orbe y lo que ocurrió en la cabeza debe ocurrir en el cuerpo y en los miembros, comenzando cuando haya sido realizado y consumado en la Cabeza. Pero su comienzo no debe ser retrasado por nada (*Io.* 7, 39; 16, 7-11).

"La subida al cielo del Señor es la ocasión de la venida del Espíritu Santo; sólo la niega el que pone en duda que la naturaleza humana de Cristo está sentada en el trono a la diestra del Padre" (San León Magno, *Sermón 76*, cap. 8). es decir, el que niegue la glorificación y espiritualización de la totalidad en su Cabeza. La Ascensión es supuesto de la venida del Espíritu Santo, y ésta es fruto de aquélla, en cuanto que el todo, cuya cabeza es Cristo, no puede conservar para siempre una forma de existencia que no corresponde a la de la Cabeza; el mundo no puede tener una existencia perecedera, amenazada y dominada por el pecado, sometida a las leyes del tiempo y del espacio, teniendo su Cabeza un modo indestructible y perenne de existencia.

2. El Espíritu Santo es enviado para que haga en el *Cuerpo Místico de Cristo*, pueblo de Dios, lo que ya hizo en Cristo, su Cabeza. Lo primero que el Espíritu Santo realizó en Cristo fué su naturaleza humana (*Mt.* 1, 20; *Lc.* 1, 35). El mediador entre Dios y los hombres es un don del amor de Dios. El amor de Dios es el Espíritu Santo, en cuanto que en El se hace revelación personal el amor entre el Padre y el Hijo. El Espíritu Santo, amor personal de Dios, forma de la Virgen María la naturaleza humana de Cristo (cfr. § 103), que, por tanto, está llena del Espíritu Santo; esta realidad permaneció oculta hasta la Resurrección y Ascensión. En la Resurrección, el mismo Espíritu Santo que formó la naturaleza humana, la transformó de tal manera que se hizo translúcida para la gloria de Dios que la llenaba. Esto significa también que está ardiendo de amor divino, que es el Espíritu Santo. Cuando el Espíritu Santo transformó al estado de glorificación la naturaleza humana de Cristo, iluminó con su luz y amor la Cabeza del orbe. Desde la Cabeza, la luz y amor de la gloria de Dios debe llegar a todas las cosas, sobre todo, al hombre.

3. Ahora podemos entender la doctrina de la Escritura y de los Santos Padres, de que el Espíritu Santo brota en nosotros de la naturaleza glorificada de Cristo, que, según San Pablo, es el portador, dispensador, dador y mediador del Espíritu Santo (A. Wikenhauser, *Der Christismus mystik des heiligen Paulus*, 1928, 50). Novaciano enseña: "Que sólo en Cristo habita el Espíritu Santo totalmente y con plenitud, sin límites y sin partes; en desbordante plenitud le fué enviado y dado para que los demás pudieran tener en El parte de sus gracias. En Cristo está la fuente del Espíritu Santo; de El brotan los manantiales de las gracias y de los dones; por habitar el Espíritu Santo en Cristo en plenitud sobreabundante, habita en nuestro cuerpo y nos santifica; conduce nuestro cuerpo a la resurrección e inmortalidad; El ha acostumbrado nuestro cuerpo a ser portador de fuerza celestial y a ser amigo de la eternidad divina del Espíritu Santo. En El y por El es preparado nuestro cuerpo para caminar por la eternidad" (*De Trinitate*, cap. 29, cit. Leo v. Rudolff, *Das Zeugnis der Väter*, 216-17). Cirilo de Alejandría, en su comentario al Evangelio de San Juan, dice: "La comunidad e inhabitación del Espíritu tuvo su comienzo en Cristo y de El partió a todos nosotros. Cristo, en cuanto hombre, estaba ungido y santificado, pero en cuanto Dios verdadero que procede del Padre, El mismo santifica con su Espíritu primero a su propio tem-

plo (cuerpo) y después a todas las cosas a las que corresponde santificar. El misterio de Cristo es, pues, principio y camino de nuestra participación en el Espíritu y de nuestra unidad con Dios." Y en el comentario a San Juan (7, 39), añade: "El Unigénito recibe el Espíritu Santo no para sí mismo, porque el Espíritu ya es suyo, está en El y por El... Le recibe el que se ha hecho hombre... y lo recibe para nosotros... Ya que todo bien nos viene por El. Así como nuestro primer padre, Adán, engañado por el demonio, se entregó a la desobediencia y al pecado y perdió la gracia del Señor, haciendo perder a toda la humanidad los nobles dones de Dios, así Dios, el Verbo, que está exento de toda caducidad, debía hacerse hombre para recibir como hombre el don de la gracia y conservarlo en adelante para la naturaleza humana, firme y duraderamente. Así sabemos con seguridad que en los que creen en Cristo no sólo hay una simple irradiación del Espíritu, sino que el mismo Espíritu Santo habita y mora en ellos. Por eso nos llamamos con toda razón templos del Espíritu Santo." Todo esto concuerda con las palabras de *San Atanasio*: "Si Cristo se santifica por nosotros y lo hace siendo hombre, no hay duda de que el descendimiento del Espíritu sobre El, en el Jordán, se refería también a nosotros, ya que tenía nuestro cuerpo. El Espíritu no baja a perfeccionar al Logos, sino para santificarnos y hacernos partícipes de su unción" (*Sermón primero contra los arrianos*, sec. 47; Winterswyl, Athanasius, 91). (Cfr. Fr. Hofmann, *Der Kirchenbegriff des heiligen Augustinus*, 1933, 170-71).

4. Esto mismo está expresado claramente en la *Liturgia*. En la consagración del agua bautismal se sumerge tres veces el cirio pascual, que simboliza a Cristo, en el agua, para que sea santificada por El. Pero se reza: "Descienda la fuerza del Espíritu Santo a esta fuente llena." Con Cristo y en Cristo descende el Espíritu a la fuente bautismal.

5. El Espíritu Santo, enviado por Cristo, *fué prometido reiteradas veces, como don divino de la gracia* (Joel. 2, 28-29; Mt. 10, 20; Lc. 12, 12; 24, 49) y de manera especial en el discurso de despedida de Jesús (Io. 14, 26; 15, 26-27; 16, 5-15).

A los nueve días de la Ascensión de Cristo, el Espíritu Santo *fué realmente enviado* y no sólo a uno o a algunos de entre muchos, sino a todos los reunidos "en el Cenáculo", que constituían un único *nosotros*.

“Cuando llegó el día de Pentecostés, estando todos juntos en un lugar, se produjo de repente un ruido del cielo, como el de un viento impetuoso, que invadió a toda la casa en que residían. Aparecieron, como divididas, lenguas de fuego, que se posaron sobre cada uno de ellos, quedando todos llenos del Espíritu Santo; y comenzaron a hablar en lenguas extrañas, según que el Espíritu les daba. Residían en Jerusalén judíos, varones piadosos, de cuantas naciones hay bajo el cielo, y habiéndose corrido la voz, se juntó una muchedumbre que se quedó confusa al oírlos hablar cada uno en su propia lengua. Estupefactos de admiración, decían: “Todos estos que hablan, ¿no son galileos? Pues ¿cómo nosotros los oímos cada uno en nuestra propia lengua, en la que hemos nacido? Partos, medos, elamitas, los que habitan Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto y Asia, Frigia y Pamfilia, Egipto y las partes de Libia que están contra Cirene, y los forasteros romanos, judíos y proselitos, cretenses y árabes, los oímos hablar, en nuestras propias lenguas, las grandezas de Dios.” Todos atónitos y fuera de sí, se decían unos a otros: “¿Qué es esto?” Otros, burlándose, decían: “Están cargados de mosto.”

Entonces se levantó Pedro con los once, y alzando la voz les habló: “Judíos y todos los habitantes de Jerusalén, oíd y prestad atención a mis palabras. No están éstos borrachos, como vosotros suponéis, pues no es aún la hora de tercia, esto es lo dicho por el profeta Joel: “Y sucederá en los últimos días, dice Dios, que derramaré mi espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y vuestros jóvenes verán visiones. Y vuestros ancianos soñarán sueños; y sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré mi espíritu en aquellos días y profetizarán. Y haré prodigios arriba en el cielo, y señalaré abajo en la tierra, sangre y fuego y nubes de humo. El sol se tornará tinieblas y la luna sangre, antes que llegue el día del Señor, grande y manifiesto. Y todo el que invocare el nombre del Señor se salvará” (Act. 2, 14-21).

6. *¿Qué hace el Espíritu Santo?* El fuego, señal de la presencia del Espíritu Santo, es imagen de la gracia y juicio divinos. Pedro se presenta ante la multitud exaltada que se ha reunido en torno a la casa para saber lo que ocurre y dar testimonio de Cristo. Cosa parecida nos cuentan los *Hechos* de los demás Apóstoles. “La cobardía de los discípulos se hizo fuerza y valor; la debilidad, energía y responsabilidad; la ambición, amor; el desaliento, alegría en el espíritu” (W. Becker, *Firmung und Sendung*, en *Ich lebe*

*und ihr lebet*, edit. por Fr. M. Rintelen, 1936, 32). Los discípulos son distintos de antes. Ante todo están penetrados de la comprensión de Cristo; el Espíritu Santo les ha revelado el misterio de Cristo (Jo. 16, 12-13). Pedro "adopta respecto a Jesús una postura completamente nueva. Es como el que tiene la suprema evidencia y da testimonio, como el que ha recibido nuevo vigor y predica con autoridad. No habla de Jesús sino en conexión con Jesús y por El. Su actitud respecto de Jesús ha quedado radicalmente transformada y El es también muy otro. Antes buscaba, se abandonaba, interrogaba; ahora es creyente y predicador... ¿Cómo se explica esto? No es consecuencia de la reflexión, de la experiencia o de la reconquista de sí mismo tras una noche oscura del alma. Las palabras que han constituido nuestro punto de partida nos darán la justa explicación: el Espíritu Santo ha venido y ha "tomado de lo que es de Cristo y lo ha dado a conocer" (R. Guardini, *El Señor*, vol. 2, 238). Los discípulos dan públicamente testimonio de Cristo. En la Resurrección y Ascensión, Cristo se apareció sólo a unos pocos testigos de su círculo íntimo. De ahora en adelante, su misterio debe ser predicado por sus discípulos, ya transformados por el Espíritu Santo, hasta el último confín de la tierra. Así empieza el tiempo profetizado por Cristo (Mt. 10, 26-27): "No los temáis, pues; porque nada hay oculto que no llegue a descubrirse ni secreto que vaya a conocerse. Lo que yo os digo en la oscuridad, decidlo a la luz, y lo que os digo al oído, predicadlo sobre los tejados." El Espíritu Santo es, pues, el glorificador de Cristo. Por boca de los Apóstoles da testimonio de la victoria de Cristo ante todas las generaciones y en todos los tiempos. No es de extrañar, por tanto, que en los Evangelios de la octava de Pentecostés apenas se hable del Espíritu Santo y se hable de Cristo y sus obras (J. Pinsk, *Das Pascha des Herrn*, en "Liturgisches Leben", 3, 1936, 37). De modo especialísimo da el Espíritu Santo testimonio de Cristo en la Sagrada Escritura (cfr. R. Grosche, *Schrift, Ueberlieferung und Kirche*, en *Pilgernde Kirche*, 1938, 205-17).

El testimonio del Espíritu Santo exige de los hombres una *decisión*. Para unos sería salvación y para otros acusación y juicio: para aquellos que no crean en el nombre del Unigénito Hijo de Dios (Jo. 16, 8-11). Cuando el Espíritu Santo glorifica a Cristo, santifica, transformándoles a los que creen en Cristo. En El está Cristo próximo a los suyos. Mientras Cristo estuvo en la tierra, su cuerpo fué a la vez medio de unión y de separación. El cuerpo es un muro infranqueable de hombre a hombre. Por el cuerpo se distinguen

los hombres entre sí. El cuerpo de Cristo, glorificado por el Espíritu Santo, está al margen de las leyes del tiempo y del espacio; arde del amor que es el Espíritu Santo que le llena. Cristo puede aproximarse más a los suyos, después de haber sido glorificado, que antes. Ahora puede estar entre ellos con una nueva intimidad y ellos pueden estar "en El". El Espíritu ha abierto la naturaleza humana de Cristo y ahora podemos estar en comunidad vital con El. Cristo glorificado y hecho espíritu (*pneuma*), lleno del Espíritu, está presente para los suyos en el Espíritu Santo (*Mt.* 28, 20; *Jo.* 16, 16). Por eso, de Cristo glorificado y presente en la Iglesia brota incesante el Espíritu Santo en la intimidad de los que creen en El. El que cree en Dios se convierte por la comunidad con El, en templo del Espíritu Santo. Dice San Juan Crisóstomo: "El que tiene el Espíritu no sólo se llamará cristiano, sino que tendrá al mismo Cristo. No es posible que estando en el Espíritu no esté también en Cristo" (Sermón trece sobre la *Epístola a los romanos*, sec. 8). (Cfr. K. Pelz, *Der Heilige Geist und Christus*, en "Liturgisches Leben", 3, 1936, 55-64.) Véanse también los tratados sobre la Iglesia y la Confirmación.

Por ser amor, el Espíritu Santo es el espíritu de la comunidad. Fué enviado a la comunidad de discípulos, a la naciente iglesia y hace comunidad en cuanto une más a los miembros entre sí y con Cristo. "Como amor personal entre el Padre y el Hijo, como suma expresión de la entrega y comunidad entre ambos, su acción se ordena primariamente a la formación de una gran comunidad en esta nueva humanidad: entre sus miembros y de ellos con Dios. Donde está el espíritu del amor de Dios no puede haber particularismos, separaciones o egoísmos, sino sólo un nosotros lleno de amor. De Cristo nace una nueva comunidad, cuya alma, principio de vida y corazón es el Espíritu Santo. El Espíritu Santo vive primariamente en la comunidad, ya que los individuos están llenos de El y participan de sus dones, no como individuos, sino en cuanto miembros de la comunidad; por su pertenencia o por su ordenamiento a ella. San Agustín se atreve a decir: "Quantum quisque amat ecclesiam, tantum habet spiritum sanctum. En la medida en que se ama a la Iglesia se tiene al Espíritu Santo" (Fr. Hofmann, *Ich glaube an den Heiligen Geist*, en *Ich glaube*, edit. por R. Grosche, 3.<sup>a</sup> edic., 162-63).

7. La glorificación de Cristo, la santificación de los creyentes por el Espíritu y la revelación del misterio de Cristo, están suje-

tas a la misma ley que el reino de Dios, mientras dure esta forma de existencia o eón: *están aquí, pero su acabamiento y plenitud no han llegado*. El testimonio del Espíritu Santo hace pública la victoria de Cristo, pero de modo que sólo es oída y entendida por aquellos a quienes fué dado oír y entender. Es como la simiente que crece sin que nos demos cuenta (*Mc. 4, 26*). El estado de plenitud del Espíritu no puede ser observado con claridad por la experiencia; quien haga de ésta su única medida de juicio puede confundirla con la embriaguez (*Act. 2, 13*), lo mismo que pueden confundir el demonio y el Espíritu Santo. La experiencia no observa un carácter seguro que la permita distinguir estas dos realidades y procesos distintos. Incluso a los mismos discípulos, iniciados en toda verdad por el Espíritu, les está negado ver, mientras peregrinan lejos del Señor. También ellos tienen que apelar a la fe, a una constante decisión por Dios, a pesar del escándalo de este mundo. Pero el Espíritu Santo les da un nuevo sentido para que puedan conocer en Cristo al Redentor, enviado al mundo por el Padre. El Espíritu de la gloria no exceptúa a los discípulos de la muerte y destrucción; da testimonio de la victoria de Cristo justamente en el dolor y martirio de los miembros de Cristo (*I Pet. 4, 14; Act. 7, 56*). (Cfr. R. Grosche, *Pilgernde Kirche*, 1938, 61.) Pero éste es el camino hacia la revelación de la gloria. "El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios y si hijos, también herederos, herederos de Dios, coherederos de Cristo, supuesto que padezcamos con El para ser con El glorificados: tengo por cierto que los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros" (*Rom. 8, 16-18*). (Cfr. *El tratado de la Iglesia*.)